BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral
de Zamora

EL CAMINO DE LA JUVENTUD

JOVEN, ¡DA SENTIDO A TU VIDA!

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica
I.S.B.N.: 84-7770-281-0
Depósito Legal:GR: 1.116-95
Impreso en: Complejo Gráfico Andaluz,SL
Purullena (Granada)
Printed in Spain
Impreso en España

Por vía de prólogo:

A ELLAS Y A ELLOS

Queridos jóvenes: Con motivo de una carta que me entregó confidencialmente una joven para que le diera yo unas orientaciones, tengo que decir que después de habérselas dado particularmente a ella, me he movido a dar una pública contestación al contenido de su carta, para que pueda servir para otras jóvenes que piensan como ella, y añadir unas breves ideas más para los jóvenes que andan tristes y como desorientados a fin de que se esfuercen por desterrar de ellos la tibieza y el desaliento y se propongan aprovechar mejor el tiempo para evitar el mal y practicar el bien.

Todos vosotros tanto las jóvenes como los jóvenes debéis persuadiros que sin este fin claramente determinado y sin los medios precisos para conseguirlo, continuaríais entregados a los empujes del instinto, a los caprichos de las impresiones, y cada vez seríais más esclavos de vuestras perversas costumbres.

Mi deseo es haceros ver cuál es el verdadero sendero de la vida, y, una vez conocido, que no desmayéis y toméis una resolución firme, necesaria y decidida para continuar rectamente por él hasta el final. Si a vuestra edad no lucháis por el bien, os dejaréis invadir por el mal.

Quiero haceros ver que tenéis que ser jóvenes de carácter, de voluntad decidida y caminéis

sin desmayar. No dejéis que vuestro corazón sea invadido por la tristeza. Si una vez, si diez veces habéis fracasado, reanudad la lucha con la esperanza de ser más dichosos en el porvenir.

Os voy a recordar el siguiente episodio de la vida del célebre conquistador tártaro Tamerlán: Después de un combate sin fortuna celebraba un consejo con sus capitanes, y mientras los escuchaba había fijado su atención en una hormiga, derribada por él al suelo tres veces seguidas, otras tantas había vuelto a emprender su ascensión hacia el techo de la tienda. «Esta hormiga, dijo, es más sabia que nosotros, y nos indica la senda del deber: el que cae, se levanta, el que retrocede avanza de nuevo, el vencido reanuda la batalla. ¡Adelante, pues, y nuestro será el triunfo definitivo!».

Este ejemplo y tantos otros nos deben mover a no desmayar. Hay que decidirse a dejar el hombre «viejo» a un lado y revestirse del «nuevo». Sólo los hombres «nuevos» pueden forjar una España nueva.

Jóvenes, leed con detención este breve escrito, que os dirijo, y terminado de leer, tomad una resolución firme de caminar por el sendero del bien.

Zamora, 11 agosto 1985.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

CONTESTACION A UNA CARTA

Confidencias de una joven

Un día se me acercó una joven con cierta confianza, y me entregó esta carta, que transcribo:

«Le voy a exponer sencillamente mi situación para ver qué me aconseja. No sé cómo juzgar a los jóvenes de hoy. Yo suelo ir a algunas discotecas los domingos y días festivos, y le diré que no hallo jóvenes con quienes se pueda entablar una conversación formal y decente. De muchos de ellos que se acercan a mí sólo oigo palabras obscenas e incitaciones al pecado. A otras jóvenes veo que les pasa igual y las hallo tristes y como aburridas...

A veces me digo: ¿Para qué existiré? ¡No tiene sentido mi vida...! Voy perdiendo la fe. ¿Qué orientaciones me da usted?».

La manera de pensar de esta joven, bien creo que es la de otras muchas, y esto es lo que me mueve a dar públicamente esta contestación, porque pudiera ser útil para todas las que viven en situaciones parecidas.

¿Qué decir de los jóvenes de hoy?

Empezaré por decir que los jóvenes de hoy, como los de ayer y de todos los tiempos, son buenos; pero muchos de ellos sumergidos luego en un mundo en evolución, en sus ambientes, las

discotecas, los cines inmorales, las malas compañías..., terminan ensuciando su lengua y su corazón con palabras groseras e indecentes..., y juntándose con otros libertinos terminan perdiendo la pureza y la fe.

La época de la juventud si no va bien encauzada, aunque empiece con ciertos entusiasmos, seguirá siendo época de dudas, de angustias, de desórdenes... ¡época de crisis...! Vendrán luego las preocupaciones por el porvenir que se presenta a veces oscuro..., y lo que oscurece más su mente son las pasiones, si no las saben dominar a tiempo.

Bien creo que, si no sientes vocación a la vida religiosa e intentas contraer matrimonio, en el ambiente de las discotecas o centros parecidos no hallarás al joven ideal para casarte.

Los dos polos: el MUNDO y DIOS

Todos los jóvenes, y ya desde pequeñitos, se van abriendo al mundo. Las cosas que ven, van influyendo en ellos y ellas: la televisión, los periódicos, los encuentros con otros chicos y chicas de su edad..., al fin viene el despertar de las pasiones, ciertas inclinaciones ante el descubrimiento del sexo contrario, deseos de entablar relaciones..., y al no estar prevenidos y no darse cuenta del daño de esos amores prematuros y los riesgos que entrañan, si se dejan llevar de los deseos de placeres impuros..., suelen caer y desembocar en algo que daña a la juventud.

Recordemos la lección de aquella muchacha de veinte años (copio el ejemplo de mi libro:

«No pierdas la juventud»). Ella dejó esto escrito en una cuartilla: «Caída. A los dieciocho años salí por primera vez de casa; entonces mi alma era buena y pura. ¿Y ahora? El corazón deshecho, embargada por el sufrimiento y el dolor; perdida la inocencia, la más preciosa piedra de la juventud de una muchacha.

Ahora veo la ruindad del joven. Hermoso era y rubio, pero infiel y falso. Supo trastornarme y seducirme desde aquella hora soy desgraciada y mi corazón sangra por mil heridas. Por eso digo a todas: ¡oh jóvenes, todavía inocentes, no os fiéis de las bonitas palabras de los hipócritas y aduladores, pues la palabra de los hombres es infiel!

Os digo esto para que a los veinte años no seáis tan desgraciadas como yo que, al escribir estas líneas, tengo el corazón moralmente destrozado.»

Casos parecidos a éste suelen darse, y por lo mismo tú debes estar prevenida. Tal vez encuentres con otras jóvenes tristes, aburridas y cansadas (de no hacer nada), porque no hallan lo que desean, y las veas exclamar como tú: «¡No sé para qué estoy en el mundo...!» y esto sucede porque les falta un ideal, no saben dar sentido a su vida, y tú debes aprender a dárselo.

El corazón está sediento de algo que pueda llenarlo..., y como no lo llenarán los placeres terrenos, ni las diversiones frívolas que se buscan en las discotecas o centros similares profanos, tu corazón está vacío y seguirá así porque el mundo no lo llena. Por ese camino que vas andarás siempre triste.

¡Ese no es tu camino!

Joven, yo te digo, ¡ése no es tu camino! Da un giro a tu vida; tú tienes un corazón grande, y sólo se saciará con la verdad, la belleza, la virtud... Tú has nacido para cosas mayores. Sal de ese estado de tristeza y de tibieza, que puede provenir de tus pecados. Abrete a Dios, búscale en el camino de tu vida. Tú, sin saberlo, tienes sed de Dios, sed del Evangelio. Abre ese libro sagrado, empieza por rezar cada día algo más...

Para Dios lo que cuenta es el corazón, acércate a Él y dile: «Tú me conoces bien y me amas, he vivido lejos de ti cuando he pecado. Tú conoces mis defectos, ayúdame a vivir en tu amistad e ilumina bien los pasos de mi vida.

Piensa cómo vivieron San Agustín, Santa Margarita de Cortona y tantas otras almas... Corrieron tras los placeres del mundo, cayeron en deshonestidades..., y al fin, se vieron con el corazón triste por el pecado, y vueltos a Dios dijeron: «Señor, nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está triste e intranquilo mientras no descanse en Ti...» y entonces empezaron a ser felices.

Sólo Dios llena el corazón del hombre... Empieza por purificarlo mediante una sincera confesión de tus pecados y pide consejo a un sacerdote sabio y experimentado. Sal, pues, de tu estado de pecado, si has caído en él. No te dejes llevar de las pasiones... Procura vivir en una atmósfera de gracia y de paz..., y empezarás a ver mejor las cosas y qué es lo que te conviene.

«*Mira bien donde pones el pie, y sean rectos todos tus caminos*». (Prov. 4, 26). «*El joven seguirá hasta la vejez la senda por la que comenzó a andar desde su tierna infancia.*» (Prov. 22, 6).

Mira, pues, qué camino vas a seguir. Un consejo: Para dar sentido a tu vida, no vayas por el camino del mal. A uno le oí hablar así:

«Nos acostumbramos al mal; a la violencia, a la falta de honradez, a la traición, a la murmuración, a la maldad... Comenzamos por no ser honrados una vez, luego dos, después tres... y acabamos viviendo en una situación permanente de mentira. Y cuanto más seguimos, más nos enterramos y más nos va pareciendo eso normal, humano, natural... Aceptamos el engranje y progresamos en el mal con tanta naturalidad como otros progresan en el bien... El hombre se habitúa a todo; hasta al pecado.»

Plantéate la cuestión del pecado. Es transcendental. Muchos no le dan importancia, y es porque van «perdiendo el sentido del pecado», como dijo un día Pío XII y nos ha repetido Juan Pablo II; pero es fácil comprender qué es. En la Biblia, que es la palabra de Dios, leemos: «*Pecado es la transgresión de la ley de Dios.*» (1 Jn. 3, 4), o con las palabras del Catecismo: «Pecado es desobedecer la ley de Dios.» A Dios, pues, se le ofende no obedeciendo sus leyes o santos mandamientos. Si Él es el autor del mundo y del hombre, justo es que le obedezcamos, y ¿qué mandamientos ha dado a los hombres? Ya los sabemos: «*Amarás al Señor tu Dios; no blasfema-*

rás, santificarás las fiestas, honra a tus padres, no robes, no mates, no cometas actos impuros, etc.». El pecado, por tanto, está en quebrantar estos mandamientos.

No seas rebelde a la ley de Dios

Muchos no le dan importancia a esta santa ley.

«Yo, dice uno, trabajo en un almacén. Todo el mundo «sisa» más o menos. Yo hago lo que todos...

—Yo no voy a Misa, porque no me dice nada. Muchos tampoco van...

—Yo salgo con una pandilla de chicos y chicas y hablan de ciertas relaciones sexuales entre ellos..., y, queriendo justificarse, dicen que ya es corriente en transigir...».

Este no es el camino del bien. Dios lo reprueba. No es fácil ahogar la voz de la conciencia Si no quieres darle importancia a *la ley escrita* que Dios te da en la Biblia y la tienes en su Evangelio (y en el mismo Catecismo que es compendio de la misma Biblia), al menos te darás cuenta que la ley de Dios la tienes también escrita *en tu corazón, en la conciencia,* voz interior de Dios que te acusa cuando has obrado mal... y te alaba cuando has obrado bien... (Rom. 2, 14-16).

Algunos dicen: ¡Soy libre! Cierto que eres libre, pero debes saber que Dios te ha dado la libertad para el bien, no para hacer el mal, y la ley de Dios no te ata, te orienta. Es algo parecido a la ley de la circulación. Si el semáforo está en rojo, te dice: «No pases». Tú eres libre para pasar, pero si lo haces, puedes ser atropellado...

Todos somos libres, y por ser libres, el pecado es un acto de mi libertad. El pecado entra en mí si lo quiero; pero el pecado es oposición a la ley de Dios, rebelión contra su voluntad, es abandonar la mansión de Dios, la Casa paterna... ¡Cuántos hijos pródigos...! Vuélvete a tu Padre, Dios.

La vida de pecado trae como consecuencia la pérdida de la fe... Tú, para ser feliz, tienes que salir del pecado y vivir en gracia o amistad con Dios.

¡Sed hombres!

A vosotros, jóvenes, también me dirijo, y os digo: ¡Sed hombres! (Voy a copiar unos breves pensamientos que tengo escritos al final del libro que titulo: FORMACION DEL CORAZON, y cuya lectura os recomiendo.)

Un día Jouffroy, célebre profesor de la Universidad de París, ante el espectáculo que le ofrecía el mundo, al ver gentes que no obedecían más que al placer y al interés y aplaudían el vicio, exclamó: *¡No hay hombres!*

Nuestro siglo se ha entregado por completo a los placeres de la carne. Todos y en todas partes aspiran al lujo, al bienestar, a las diversiones... Los hijos del siglo XX aspiran tan sólo a gozar, a gozar cada vez más. En esta atmósfera saturada de sensualismo y de frivolidad las almas no viven; vegetan y mueren al cabo por no poder respirar el aire puro de las cumbres. No piensan que el vicio impuro las envilece y degrada.

¿Dónde encontrar hombres verdaderamente dueños de sus actos, que tengan convicciones, arraigadas, que sepan ser fieles a ellas... y no retrocedan ante el sicrificio por el triunfo de una idea?

¡Sed hombres! y ¿qué necesitamos para ser hombres de verdad? Para conseguirlo es necesario una voluntad fuerte, capaz de emprender un trabajo serio para la reforma de los defectos y la adquisición de las virtudes. Esto es lo que falta a un gran número de nuestros jóvenes y mayores.

Se ha hecho de ellos hombres de letras, de ciencias, hombres de carrera, lo que era bueno sin duda, pero se ha olvidado hacer hombres de carácter.

En ellos se ha desarrollado la inteligencia, pero se ha dejado a un lado la voluntad y no se ha preparado a los jóvenes para la lucha de la vida, y lo que falta no es la instrucción, es la educación, *una formación religiosa a fondo,* la fuerza moral que vitaliza y engrandece a los pueblos y a los individuos y los preserva de revoluciones sangrientas e irremediables decadencias, pues como leemos en los Proverbios: *«La virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables»*. (14, 34).

¡Fortificad vuestra voluntad!

Hoy se habla bastante de virtud y se admira pero no se practica, y ¿por qué? Porque faltan hombres de carácter. Hay mucha frivolidad, se quiere vivir para gozar y divertirse... Esto es pro-

pio de espíritus vanos y superficiales. Lo que necesita hoy nuestra sociedad es un verdadero cambio, una preparación moral que haga surgir corazones decididos a enfrentarse con el mal y con toda clase de pasiones, voluntades de hierro capaces de todos los quereres que empiecen por la reforma de sus vicios y la adquisición de la virtud que tanto nos eleva y engrandece.

¡Sed hombres! hombres de carácter. Un hombre de carácter es un hombre de voluntad firme y continua, un hombre de decisión, y no de una decisión cualquiera, ya que puede adoptarla en un momento de fervor y de entusiasmo, y luego no pasar de una veleidad. Es necesario tener una decisión y pasar de ella a la acción. ¡Ser hombres de carácter!

«Carácter» es saber decir *sí* o *no* a su tiempo, es saber oponerse al mal, decir «no» a la pasión: pereza, ira, gula, sensualidad, etc.; es constancia en el bien obrar.

El carácter es la fuerza de la voluntad, es tomar una decisión firme. ¿Llevas vg. una vida frívola, te dejas llevar del vicio de la blasfemia o de la impureza, o bien omites el santificar las fiestas no oyendo el santo sacrificio de la Misa y has abandonado los sacramentos...?

Deja de ser de una vez católico de nombre, y toma la decisión firme de no blasfemar, de romper con toda amistad pecaminosa, de hacer propósito con la ayuda de la gracia de no ir por el camino de la impureza, de oír la santa Misa, etc. y empieza a ser católico práctico, y a este fin rompe ante todo con el obstáculo del respeto humano, que es el que retrae de hacer el bien a muchos

jóvenes. (Véase mi libro: «*¿Por qué no eres católico?*»)

Y ¿qué es el respeto humano? Un excesivo miramiento a lo que los hombres juzgarán o dirán de nosotros, de nuestras palabras o acciones. El respeto humano no deja de ser una bajeza y una locura. ¿Por qué avergonzarse de hacer una obra buena, o sea, de aquello que debiéramos gloriarnos ante Dios? Nada degrada, nada envilece y deshonra al hombre como el respeto humano.

Ten presente este dicho del filósofo Balmes: «La firmeza de la voluntad es el secreto de llevar a cabo las empresas más arduas», y esto tanto para ser virtuoso como para ser sabio. Imponte un nuevo plan de vida: estudia, trabaja, ora. Lo que siembres en tu juventud, eso recogerás en la vejez.

Pureza... y fe

Todo el que va por este camino, o sea, con limpieza de corazón y con fe, reconocerá que su vida tiene un verdadero sentido, y Dios le proporcionará un gran bienestar que traerá consigo la felicidad temporal y eterna.

Jesús dice: «*Bienaventurados..., felices los limpios de corazón...*». Para ser feliz tú tienes que empezar por salir del pecado, si lo tienes, porque todo pecado desagrada a Dios..., y los que más manchan al alma son los de impureza.

En las discotecas, bailes, cines inmorales..., es donde más peligra la virtud de la pureza..., y todo joven debe empezar por poner freno a sus malos pensamientos y deseos, y mortificar sus instintos

pecaminosos, porque el pecado torpe además de manchar el alma, la envilece, la degrada y la esclaviza oscureciendo las cosas espirituales.

La pérdida de la pureza acarrea la pérdida de la fe, de la paz, de la alegría y de la verdadera felicidad, y como consecuencia envilece el amor y viene a traer consigo el olvido de Dios.

«La luz de la fe es como la de una vela; en un aire impuro se apaga». El vencimiento de los pecados torpes es de gran transcendencia porque proporciona salud espiritual al alma y salud al cuerpo, mientras que la caída en ellos arruina no sólo la salud espiritual y corporal, sino que contribuye a perturbar el sistema nervioso.

¡Joven!, fortifica tu voluntad, sé persona de carácter, evita las ocasiones del pecado. Piensa que Jesucristo nos ama, que El tiene poder de perdonar los pecados, y que «*vino a este mundo a llamar a los pecadores a la conversión*» (Lc. 5, 30). Tú debes tener una actitud de confianza en Él y decirle como el publicano: «*Ten piedad de mí, que soy hombre pecador*» (Lc. 18, 13).

Ser cristiano y vivir en pecado es una contradicción. No deben acobardarte tus pecados, cuando quieres empezar por darle un nuevo giro a tu vida. Santa Teresa del Niño Jesús anima a todos a no desconfiar del Señor: «Aunque tuviera sobre mí, dice ella, conciencia de todos los pecados que se pudieran cometer, iría con corazón contrito a echarme en los brazos de Jesús, porque sé muy bien cuanto ama al hijo pródigo que vuelve a El».

Los santos tuvieron que luchar para ser santos, pues eran débiles y estuvieron sujetos como

nosotros a las pasiones y caídas, pero se levantaron apoyándose en la gracia de Dios, frecuentaron los sacramentos y cambiaron de vida. ¿Por qué no imitarlos?

Yo he perdido la fe

A un joven que le oí esta expresión, le dije: Amigo mío: si crees que has perdido la fe, tienes que recuperarla. ¿Sabes tú que es fe? Fe es creer en Jesucristo y su doctrina, y para creer en El, para aceptar su persona y sus enseñanzas, tienes que poner los medios para conocerle y una vez conocido no podrás menos de amarle y de seguirle.

Empieza por leer diariamente un capítulo de los Evangelios, sé constante en hacerlo y terminarás reconociendo que Jesucristo es Dios, que se hizo hombre por nuestro amor. El es Dios y hombre a la vez, una persona histórica que vino a este mundo y nació en tiempos del rey Herodes en Belén de Judá, siendo emperador romano Poncio Pilato.

Jesús, pues, apareció como hombre entre los hombres y era verdadero Dios como lo demostró con sus muchos milagros y profecías, y sobre todo con el milagro de su resurrección.

Después de morir en el Calvario, donde se dejó crucificar, porque quiso, así redimir a los pecadores con su sangre, resucitó al tercer día para nunca más morir, y ahora sigue viviendo y por medio de su Espíritu gobierna y santifica a la Iglesia.

Nuestra vida tiene sentido sabiendo que exis-

timos por voluntad de Dios, y que El se ha hecho hombre y ha venido a este mundo para hablarnos y enseñarnos lo que tenemos que hacer para vivir dignamente, y esto nos lo dice en el Evangelio. Si creemos en la palabra de un hombre formal, ¡cuánto más en la palabra de Jesucristo, que es Dios!

Cristo debe ser nuestro supremo ideal. Debemos conocerle para amarle, seguirle e imitarle. Cristo es el amigo de los niños, de los jóvenes, de los pobres, de los que sufren, de todos... El nos da enseñanzas sublimes y nos dice: «Lo que hagáis a un niño, a un pobre, a un necesitado..., *a Mí me lo hacéis*» (Mt. 25, 35-40)...

Cristo vive en cualquiera que ves que te sonríe, sin conocerte, en quien se desvive por hacernos un pequeño servicio, el que se ingenia en poder sembrar el bien por donde pasa... ¡mas Cristo *es exigente para nuestro bien* y quiere vernos con el corazón limpio de pecado para que seamos felices (Mt. 5, 8), y desea que aceptemos su mensaje: «*El que creyere (el Evangelio) y se bautizare, se salvará*» (Mc. 16, 16).

En el «Credo» (que es compendio de las verdades reveladas en la Biblia) se encierra cuanto tenemos que creer y aceptar, y el camino para tener fe lo tenemos precisamente en aceptar a Cristo y practicar sus enseñanzas.

Palabras de Juan Pablo II

No ha mucho el Papa dirigió estas palabras a los jóvenes de Holanda (14-5-1985), valederas para todos los jóvenes:

«Quisiera, dijo, poder hablar personalmente con cada uno, escuchar, preguntar, sufrir y gozar con cada uno, mirando al futuro y buscando juntos en el Evangelio de Cristo la respuesta a los interrogantes que lleváis en el corazón... Queréis palabras de estímulo y esperanza... Muchos corren el riesgo de desalentarse al constatar que el problema del hambre no deja de agudizarse, que la carrera de armamentos se traga, de año en año, siempre más dinero; sentís la injusticia que se hace a los hombres en todo el mundo..., y en el fondo de vosotros mismos las consecuencias del problema de la desocupación de los jóvenes, problema que todavía está sin resolver...

El secreto para la solución de cada una de las dificultades, que puede presentar la vida, está *en la fe*... pues como dice el apóstol: «*Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe*» (1 Jn. 5, 4)... Mi primera respuesta es, pues, ésta: Tened *la valentía de creer en Cristo.* Si El èstá con vosotros, podréis afrontar incluso los grandes problemas de la hora presente y resolverlos...

Sabéis que el Papa mismo ha denunciado ya repetidamente los desequilibrios patentes que hay entre la carrera de armamentos, cada vez más creciente, y la penuria que hace estragos entre las poblaciones subalimentadas y subdesarrolladas. Muchas veces he recordado a las sociedades, a los gobiernos, a los representantes del pueblo, a los empresarios, su deber en materia de desocupación y, en particular, de la desocupación de los jóvenes. Los problemas a veces son muy complejos...

Vosotros tenéis todavía muchos prejuicios y

recelos para encontraros con la Iglesia. Me habéis hecho saber que frecuentemente consideráis a la Iglesia como una institución que no hace sino promulgar reglamentos y leyes. Pensáis que pone demasiados parametos en los diversos campos: la sexualidad, la estructura eclesiástica, el lugar de la mujer dentro de la Iglesia.

Queridos amigos y amigas: Permitidme ser muy franco con vosotros. Yo sé que habláis con perfecta buena fe. ¿Pero estáis perfectamente seguros de que la idea que os hacéis de Cristo corresponde plenamente a la realidad de su persona? El Evangelio, en verdad, nos presenta un Cristo *muy exigente*, que invita a la radical conversión del corazón (Mc. 1, 5), al desapego de los bienes de la tierra (Mt. 6, 19-21), al perdón de las ofensas (Mt. 6, 9, 14 s.), al amor hacia los enemigos (Mt. 5, 44), a soportar pacientemente las vejaciones (Mt. 5, 39 s.) y, finalmente, al sacrificio de la propia vida por amor al prójimo (Jn. 15, 13).

En particular, por lo que se refiere a la esfera sexual, es conocida la firme posición que tomó en defensa de la indisolubilidad del matrimonio (Mt. 19, 3-9) y la condena que pronunció con relación al simple adulterio del corazón (Mt. 5, 27 s.). ¿Y cómo no quedar impresionados ante el precepto de «sacarse el ojo» o de «cortarse la mano» en el caso de que estos miembros sean ocasión de «escándalo» (Mt. 5, 29 s.)?

Teniendo estas referencias precisas evangélicas, ¿es realista imaginar a *un Cristo «permisivo»* en el sector de la vida matrimonial, en el hecho del aborto, de las relaciones sexuales pre-matrimonia-

les, extra-matrimoniales u homosexuales? Ciertamente no fue permisiva la primitva comunidad cristiana, amaestrada por aquellos que habían conocido personalmente a Cristo.

Baste ahora remitir a los numerosos pasajes de las Cartas paulinas que tocan esta materia (Rom. 1, 26 s.; 1 Cor. 6, 9; Gál. 5, 19; etc.). Las palabras del apóstol no carecen ciertamente de claridad y rigor. Y son palabras inspiradas por lo Alto. Ellas siguen siendo normativas para la Iglesia de todo tiempo... Por tanto, si hoy la Iglesia dice cosas que no agradan, es porque siente la obligación de hacerlo... en armonía con el Evangelio.

Jóvenes, ésta es pues mi respuesta: *amad a Cristo* y aceptaréis las exigencias que la Iglesia en su nombre os propone, porque son las exigencias que provienen de Dios creador y redentor del hombre. Para descubrir estos valores, hay que escuchar siempre la palabra de Dios...

¿Qué debo saber de la Biblia?

La Biblia debe ser para ti el libro más familiar, porque él te formará y preparará para vivir una vida más cristiana. En él tienes la palabra de Dios, y por lo mismo en él Dios te habla.

La Biblia, dijo el Papa Juan XXIII, es «el libro divino que está para iluminar el camino de la vida, desde la infancia hasta la edad avanzada», y en uno de sus discursos expresó el deseo de que la Biblia llegara a todas las familias: «Hijos míos, dijo, regresando al hogar tomen la Biblia; lean

con frecuencia esas páginas selectas y nutran su espíritu con ellas. Si no la tuvieran traten de conseguirla sin demora y coloquen en un lugar de honor el Libro por excelencia». Lean primero los Evangelios, luego los Hechos, etc.

Esto mismo han dicho con otras palabras parecidas los demás Papas y el actual Juan Pablo II. La Biblia es el mejor libro de formación individual y familiar. La Biblia trata de Jesucristo. Él es su figura central, y por eso San Jerónimo dijo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo».

La Biblia es la palabra de Dios que nos da solución a todos los problemas y dificultades de la vida y nos contesta a los porqués del dolor y de la muerte...

El pecado, como dijo también Juan Pablo II, «es la raíz más profunda de todos los males en la historia de los hombres». Por el pecado original y nuestros pecados personales nos vienen todos los males... Las enfermedades y males que hoy padecen los hombres, ¿acaso no provienen en muchos casos del alcoholismo, de la droga, de la deshonestidad y demás vicios y pecados?

También en la Biblia vemos ejemplos maravillosos de la misericordia de Dios para con el hombre pecador, y cuando los ve arrepentidos y humillados ante El, como David, la Magdalena, la adúltera, el hijo pródigo, etc. Dios le tiende sus brazos y los perdona.

San Juan Crisóstomo decía a los fieles: «Después del trabajo, cuando regreséis a casa, preparad dos mesas: una para los alimentos que nutren el cuerpo; otra para la Sagrada Escritura que nutre el espíritu».

La Biblia, por ser la palabra de Dios, iluminará tu mente y te guiará por el recto sendero de la vida.

Jesús mira con amor a los jóvenes

Jesucristo ama a los jóvenes, y porque los ama, los jóvenes deben conocer a Jesucristo y corresponder a su amor.

Juan Pablo II en su «Carta apostólica a todos los jóvenes del mundo» (31-3-1985) hace una profunda reflexión sobre «el coloquio de Cristo con el joven» referido por los evangelistas.

El joven pregunta: «*Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?*» (Mt. 19, 16 ss.), lo que equivale a decir: ¿Qué he de hacer para que *mi vida* tenga *valor* y pleno *sentido*? Jesús responde con esta pregunta: «*¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios*». Y añade: «Ya sabes los mandamientos, no robarás, no levantarás falso testimonio, etc.». Con estas palabras Jesús *recuerda* a su interlocutor algunos de los mandamientos del Decálogo.

Pero la conversación no termina ahí. En efecto, el joven afirma: «*Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud*». Entonces —escribe el evangelista— «*Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo: Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme*» (Mc. 10, 20 s.).

En este momento *cambia el clima* del encuentro. El evangelista escribe del joven que «se anu-

bló su semblante y se fue triste, porque tenía mucha hacienda».

Notemos que Jesús dijo al joven: «Nadie es bueno sino sólo Dios». «En este contexto, comenta el Papa, la respuesta de Cristo quiere decir: sólo Dios es el último *fundamento de todos los valores;* sólo El da sentido definitivo a nuestra existencia humana.

Sólo Dios es bueno, lo cual significa: en El y sólo en El todos los valores tienen su primera fuente y su cumplimiento final; en El «el alfa y la omega, el principio y fin» (Apoc. 21, 6). Solamente en El hallan su autenticidad y confirmación definitiva. *Sin El,* sin la referencia a Dios, todo el mundo de los valores creados queda como suspendido en *un vacío* absoluto, pierde su transparencia y expresividad. El mal se presenta como bien y el bien es descartado...

Cuando le preguntáis: «*Maestro bueno...*». El pregunta: *¿Por qué me llamas bueno?* Nadie es bueno sino sólo Dios. Como si dijera: el hecho de que Yo sea bueno *da testimonio de Dios,* es decir a Jesucristo debemos tenerlo no como simple hombre, sino como Dios.

Si tuviéramos a Jesucristo sólo por el más sabio de los hombres, la religión cristiana quedaría reducida a una humana invención. Mas si El es Dios, su religión es divina y sus doctrinas no pueden ponerse en duda. Por eso cuando el joven rico dijo a Jesús: *Maestro bueno...* Jesús le contestó: «*ninguno es bueno, sino sólo Dios*» (Lc. 18, 19), dándole a entender que ante todo le debía tener por Dios, sin lo cual nada le podría aprovechar.

En realidad sólo Dios es bueno porque «es amor». «Nosotros, dice San Agustín, existimos, porque Dios es bueno» y nos ama.

Si quieres alcanzar la vida eterna...

Para que esta nuestra vida presente tenga valor y sentido, hay que saber que existe otra vida eterna y que para alcanzarla tenemos que ir por el camino de los mandamientos de Dios..., y esto es lo más esencial. Estos mandamientos, que constituyen el código de la moralidad (y cuyo ápice se encuentra en el Evangelio: en el sermón de la montaña y en el mandamiento del amor), vemos que ya en el Antiguo Testamento fueron promulgados por Dios en el monte Sinaí, y luego perfeccionados por Jesucristo en el Nuevo, los que redujo al amor a Dios y al prójimo. Estos mandamientos también se hallan escritos en la conciencia de todos los hombres (Rom. 2, 14-16).

Cuando el joven dijo a Jesús que él había cumplido los mandamientos desde su juventud, le miró con amor. El Papa al hablar de este pasaje evangélico dijo a los jóvenes: «¡Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mira con amor! El mira con amor a todo hombre. El Evangelio lo confirma a cada paso...».

«*¿Qué me queda aún?*» A esta nueva pregunta del joven, Jesús lo invitó a seguirle por un camino de mayor perfección. Los jóvenes cumplidores de los mandamientos de Dios sienten a veces este llamamiento en su interior «haciendo como eco a las palabras de San Pablo: *«Pasa la apariencia de este mundo»* (1 Cor. 7, 31) y los

conduce a la búsqueda de cosas más grandes y duraderas: «*Buscad las cosas de arriba*» (Col. 3, 1)... El deseo a la perfección, a «algo más», encuentra su explícito punto de referencia en el Evangelio.

El Papa habla de la necesidad de vocaciones a la vida religiosa y al sacerdocio. Son necesarios sacerdotes según el corazón de Dios, pues «los obreros son pocos»...

¡Jóvenes!, ¿habéis pensado en vuestra vocación?... Toda verdadera vocación tanto a la santidad como al sacerdocio exige un esfuerzo de la voluntad y la ayuda de la gracia, y ésta no ha de faltar cuando se hace una entrega total al servicio de Dios.

Un día que hablaba el Papa a religiosos, sacerdotes y seminaristas en la Catedral de Santo Domingo (26-1-1979) les dijo: «Pensemos frecuentemente que Dios no nos pide, al llamarnos, parte de nuestra persona, sino toda nuestra persona y energías vitales, para anunciar a los hombres la alegría y la paz de la nueva vida en Cristo y guiarlos a su encuentro. Para ello sea nuestro afán primero buscar al Señor, y una vez encontrado, comprobar dónde y cómo vive, quedándonos con El todo el día (Jn. 1, 39). Quedándonos con El de manera especial en la Eucaristía, donde Cristo se nos da, y en la oración, mediante la cual nos damos a El.

En la oración, en el trato confiado con Dios nuestro Padre, discernimos mejor dónde está nuestra fuerza y dónde está nuestra debilidad, porque el Espíritu viene en nuestra ayuda (Rom. 8, 26)...».

Jesús sigue llamando a la juventud y a todos en la actualidad al servicio de Dios, y les dice como al joven del Evangelio, como a Mateo y a los apóstoles: «*¡Sígueme!*»... Los que se sientan capaces de seguir a Cristo por el camino de la perfección, ¡adelante! La gracia de Dios no les ha de faltar. Hace falta poner los medios...

El Papa también exhorta a los jóvenes a que no sean esclavos del pecado y de los males que aquejan hoy a muchos, y así les dice: «Queridos jóvenes no cerréis vuestros ojos a la enfermedad moral que acecha a vuestra sociedad hoy, y de la que vuestra juventud, por si sola, no os protegerá. ¡Cuántos jóvenes han adulterado ya sus conciencias y han sustituido la verdadera alegría de la juventud por las drogas, el sexo, el alcohol, el vandalismo y por la frívola búsqueda de bienes meramente materiales!»...

¡Jóvenes! Estáis llamados a ser apóstoles

Algunos de vosotros tal vez os reconozcáis egoístas, soberbios, sensuales, perezosos, mal hablados, indiferentes en materia religiosa...; pero es necesario que reflexionéis y os decidáis a cambiar a la luz del Evangelio, y proponeros un noble ideal y empezar a ser buenos de una vez en bien vuestro y de cuantos os rodean.

Ante vosotros se abren dos caminos: el del cielo y el de la virtud. El vicio debe ser combatido porque su fealdad es grande, y la virtud debe ser amada por su belleza y porque engrandece, mientras que el vicio nos rebaja.

«Virtud» significa «valor» y todo joven debe

esforzarse por ser virtuoso. El reino de los cielos debe conquistarse «a viva fuerza». Jesucristo nos dice a todos: *«El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»* (Mt. 16, 24).

Tú debes ir aprendiendo a hacer vencimientos: Decídete a perdonar cuando te vienen deseos de venganza; a decir «no» a la comodidad, al regalo, a la pasión; a saber devolver bien por mal; a ejercitarte en levantarte temprano por las mañanas, a no estar más de ocho horas en la cama, tira a un lado las sábanas. Lucha por no dejarte llevar de la pereza... y determina algo de tiempo a la piedad, y luego el debido tiempo al estudio o trabajos que tienes que hacer..., y si caes en pecado, levántate en seguida...

Los santos y los sabios han sabido aprovechar bien el tiempo y debemos imitarlos. Jamás hemos de ser cobardes o perezosos para el bien. Tenemos todos que aprender a vivir, pues no estamos aquí para comer bien, divertirnos, acumular riquezas..., porque todo esto es pasajero y hay que dejarlo todo a la hora de la muerte. Hay que dar sentido a la vida. *¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?* (Mt. 16, 26). ¡Se vive una sola vez!

Jesucristo quiere jóvenes buenos y decididos con voluntad de conquistar a otros para que estos sigan a su vez por el camino del bien.

Hay que ser buenos, pero esto no basta, hay que ser apóstoles del bien, con la palabra, con la oración y sobre todo con el buen ejemplo. San Bernardo dice: «La voz de las obras puede más que la voz de la boca». Por eso el adagio popular

repite: «Las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra». Y del filósofo Lactancio es esta frase: «Los hombres quieren ejemplos más que palabras, porque fácil es hablar, difícil obrar».

«El apostolado más eficaz e irremplazable es el de una vida santa y piadosa, que actúe con el ejemplo y la oración» (Pío XII). La sola presencia de un alma virtuosa y santa es ya una predicación muda, pero elocuente, que reprende al malvado, al impúdico, al blasfemo y estimula a obrar bien al indiferente.

El apóstol debe ser un alma impregnada de amor, que sólo quiere el bien de los demás y trabaja por todos los medios para conquistarlos para Cristo, ya con una corrección amorosa, ya con un admirable ejemplo de paciencia, de humildad, de caridad...

Joven, si ansías ser apóstol, empieza por salir del pecado, si has caído en él. Jesucristo dice: *«Bienaventurados los limpios de corazón...»*. Si tú tienes el corazón sucio de pecado: de soberbia, de envidia, de ira, de pereza, de sensualidad... empieza por limpiarlo mediante una sincera confesión, y pide a Dios que te ayude con su gracia a ser otro, a dejar aquella ocasión de pecado, a dejar aquella lectura, aquella amistad peligrosa. No seas esclavo del mal y piensa que aún puedes ser apóstol del bien: «Vale la pena dedicarse a la causa de Cristo, que quiere corazones valientes y decisivos». (Juan Pablo II).

Sean rectos todos tus caminos (Prov. 4,26)

San Pablo nos dice: *«El que crea estar en pie,*

tema no caiga» (1 Cor. 10,2). Todos, y en especial los jóvenes, deben mirarse en el espejo de la Biblia si quieren orientar bien su vida, pues en ella se nos señala el camino recto a seguir.

La juventud es una edad que pasa como una flor, pues pronto se marchita y envejece. Por esta causa todos desde jóvenes deben aprender a encauzar su vida. Tú ¿has reflexionado lo suficiente sobre tu vocación? ¿A qué estado de vida te llama Dios...?

Si bien lo observamos, los más van por el camino del matrimonio, y los menos son los que piensan en el ideal de consagrarse a Dios. El matrimonio más que una vocación es una inclinación de la naturaleza, y si tú te inclinas por él, debes pensar seriamente cuál es el móvil que te lleva a contraerlo, pues si fuera únicamente el dinero o la pasión de los sentidos, es natural que desaparecidos éstos, desaparezca el amor y surja el desencanto, el odio, los reproches y las disputas... y al fin la separación y el divorcio.

¿Casada o religiosa? Si eres una joven, te diré que ningún hombre en sí puede hacerte feliz, porque tú no has sido hecha para un hombre, sino para Dios. Sólo unida a Dios será feliz tu matrimonio.

Si el joven con el que hablas no santifica las fiestas yendo a Misa, si es blasfemo, si no es trabajador, honrado y virtuoso..., si no cumple la ley de Dios, no creas que tú lo vas a cambiar, más fácilmente te pervertirá a ti, y no serás feliz en ese matrimonio, y te tocará sufrir mucho, y en esa situación es preferible que vivas soltera antes que casada. Además no hemos nacido para ser

casados o solteros, sino para amar y servir a Dios en el estado que nos sitúe su Providencia.

Belleza de la vida religiosa

Pocos piensan en esta vida y no todos la comprenden. La virginidad es un don de Dios y no a todos es concedido, sino a los que lo desean sinceramente y están dispuestos a luchar con la concupiscencia de la carne, y a este fin piden ayuda a Dios con fervor.

La virginidad es una cuestión de amor, pero no de un simple amor humano, sino elevado y sobrenatural, amor a Cristo, por el que muchas vírgenes abandonan todo por seguirle y darlo a conocer siendo misioneras de su Evangelio en países que lo ignoran, y otras le siguen en los claustros o le acompañan a la cabecera de los enfermos, en hospitales y asilos, o le alivian en sus pobres y le buscan y cuidan hasta en las llagas de los leprosos, haciendo bien a todos.

La explicación de estas decisiones es el mucho amor a Dios..., y por este amor a Dios se reza y se lleva toda clase de cruces con alegría...; pero no a todos es concedida esta gracia. Tú pide a Dios que te ilumine, y no estés jamás triste porque no veas que se te arregla lo que pretendes. Tal vez no te convenga. Si te toca esperar, espera; pero mientras tanto no dejes de sembrar el bien a tu alrededor.

Recuerda el pensamiento de San Pablo: El tiempo de esta vida es breve y lo importante no es estar o no casado, poseer bienes o no poseer-

los, sufrir o regocijarse, sino lo precisamente importante es vivir entregado de lleno al servicio de Dios, porque el aspecto o apariencia de este mundo pasa rápidamente (1 Cor. 7, 29-31).

Iba a dar por terminado este trabajo, pero añado unos breves capítulos más porque pueden serte interesantes.

El sacerdote y los jóvenes

Es un hecho, que puede comprobarse, como muchos jóvenes durante su primera juventud se acercaban contentos al sacerdote, como la flor de la mañana se vuelve hacia el sol para recibir sus caricias; pero esta intimidad se va desvaneciendo poco a poco. Parece como si tuvieran miedo de encontrar en el sacerdote un severo juez, no un amigo cariñoso; y precisamente a la hora en que más necesidad tendrían de sus consejos, de su abnegación y de su ternura, le abandonan.

La edad más hermosa se pierde, y ¿por qué? en general tenemos que decir que es por su ignorancia y por su presunción. El orgullo del joven considera la virtud de la obediencia como limitación de la propia personalidad, y de ahí la rebeldía contra toda autoridad, y contra todos los que quieren encauzar precisamente esa su personalidad. Quiere ser libre con una libertad peligrosa, por cuanto no recapacita que lo que hay en él es abuso de libertad, viniendo a confundir muchas veces la libertad con el libertinaje.

«La juventud, dice San Ambrosio, se halla sin fuerza y sin vigor, si no tiene sostén, siendo dé-

bil en sus consejos, pero es más débil aún de espíritu, de inteligencia y de voluntad que de cuerpo... El fuego de las pasiones nacientes persigue a la juventud, las advertencias le enojan, le cansan y le fastidian, ama los placeres...», y por ser muy inclinada al mal y estar muy falta de experiencia, necesita un guía, un director espiritual, experto, sabio y prudente.

Jóvenes seguid mi consejo: Sé que tenéis que luchar contra las pasiones, que os arrastran por mal camino; pero si queréis ser felices, afables con todos y llenos de alegría, acercaros a un sacerdote de vuestra confianza, manifestarle el estado de vuestra alma, y si tenéis vuestras caídas y queréis vencer las pasiones que tienden a tiranizaros, no os dé verguenza confesaros con él, porque él no ha de querer otra cosa que sosteneros en la lucha dándoos los consejos oportunos para que no os extraviéis en vuestra vida y os veáis deformados por el vicio y el pecado. El sacerdote procurará ayudaros y haceros el bien posible.

El director, instruido tanto por vuestras confidencias cuanto por su experiencia en las almas, después de adquirir un conocimiento relativamente perfecto acerca de vosotros mismos, y sin tratar de arrebataros vuestras propias iniciativas, os ayudará a fijar el ideal de vuestra existencia.

Hay sobre todo una época en que debéis recurrir a los consejos de este guía, y es la hora en que se trata de orientar definitivamente vuestra vida. Pedid ante todo luces de lo alto.

Si Dios os llama, escuchad su voz... El director de vuestra conciencia os dirá si podéis perse-

verar en vuestros proyectos, retardarlos o renunciar a ellos de un modo definitivo.

Nuestro compañero de viaje

Vamos a recordar la escena evangélica de los dos discípulos de Emaús, cuando Jesús se les apareció en forma de peregrino desconocido.

Dos hombres salían de Jerusalén. En sus jóvenes semblantes veíanse las señales de un dolor profundo. El recuerdo de la gran catástrofe del Viernes Santo obsesionaba su alma, e iban conversando, como nos dice el Evangelio, acerca de las cosas de que habían sido testigos.

De repente un hombre de grave y dulce fisonomía se reunió con ellos y les dijo: «*¿Qué discursos son éstos que tenéis entre vosotros mientras camináis y por qué estáis tristes?*» (Lc. 24, 13 ss). Nuestros caminantes no le conocían, y, sin embargo, se aproximaron a Él y le manifestaron la angustia que devoraba sus corazones.

Uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: *¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoce los sucesos en ella ocurridos estos días?* «*¿Qué ha sucedido?*» —preguntó el desconocido—, y ellos respondieron:

«Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para que fuese condenado a muerte y crucificado. Nosotros esperábamos de Él la redención de Israel, y he aquí que han pasado tres días desde que esto ha sucedido. Unas mujeres que antes del amanecer

fueron al sepulcro, nos han contado cosas inauditas.

Su sepulcro estaba vacío y ellas afirmaron que habían visto allí visión de ángel, los cuales les aseguraron que vive. Pero ¿quién hace caso de habladurías de mujeres...? Todo ha terminado y ya no hay nada que esperar. El Maestro a quien tanto amábamos está muerto para siempre.»

En la melancolía de estas palabras ponían de manifiesto sus sentimientos. Su última esperanza, la de la resurrección, se había desvanecido.

«¡Oh necios y tardos de corazón! —replicó el desconocido después de un instante de silencio. ¿Así comprendéis lo que los profetas han dicho de vuestro Cristo? ¿Pues no era necesario que Cristo padeciese esto y así entrase en su gloria?».

Y entonces, con lentitud, como para hacerles más llevadero el camino, les recordó uno a uno todos los profetas que habían anunciado al Mesías, y les demostró la realidad de todos estos divinos oráculos en los acontecimientos de que Jerusalén acababa de ser teatro.

El desconocido hablaba de cosas animadas y compartía el dolor de los dos viajeros. Ya no era para ellos un extraño, sino un amigo.

Andando, andando, llegaron a la aldea de Emaús, y Él fingió ir adelante, y los discípulos queriendo prolongar la conversación, rogaron al desconocido que se quedara con ellos. *«Quédate con nosotros,* le dijeron, *porque se hace tarde y está ya declinado el día...».* Y al fin aceptó su hospitalidad.

Entonces se produjo una escena maravillosa

de bondad y de amor. Apenas sentado a la mesa, el huésped tomó en sus manos un pedazo de pan, y elevando los ojos al cielo y transfigurado el rostro como si le iluminaran los resplandores del Tabor, les dijo después de partir el pan: *¡Tomad y comed!* Era el Señor. En aquel momento se abrieron los ojos de ellos y le reconocieron; pero Él entonces desapareció de su vista.

Los dos discípulos, levantándose al momento, volvieron a Jerusalén para anunciar a los apóstoles la buena nueva. Su regocijo no tenía límites. Y se dijeron uno a otro: «¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos explicaba el sentido de las Escrituras?

Horas de prueba

Antes de terminar este estudio he querido reproducir esta admirable página del Evangelio, que parece arranca del libro de nuestra propia vida. Esta escena de la tarde de la Resurrección siempre es de actualidad palpitante.

Todo marcha bien cuando el Maestro está a nuestro lado, porque entonces nos hallamos en plena luz; pero hay horas en que Jesucristo parece ocultarse. Entonces el día declina rápidamente y una mortal tristeza se apodera de nosotros.

Estas son las horas en que nuestra pobre alma se ve atenazada por las pasiones. La tentación entorpece las energías de nuestra voluntad. La ley divina se cubre de sombras, como se cubre de nubes un cielo tempestuoso. Nuestros ojos, ataca-

dos de ceguera, no ven ya a Jesucristo. Le buscamos anhelantes, pero no logramos encontrarle.

En estos momentos de crisis, en que parece que vamos a naufragar, estamos tentados a repetir las palabras de los discípulos de Emaús: «Él, sin embargo, había prometido no abandonarnos».

Otras veces cae la noche, negra y fría. En los instantes que atravesamos, ¿no nos desconciertan las injurias y ataques de que Jesucristo es objeto, así como los sufrimientos de su Iglesia? El mundo entero parece haberse levantado contra ellos. Ha jurado anonadarlos, y trabaja para ello con una rabia que sólo puede inspirar el infierno.

«Nosotros también, como los discípulos de Emaús, esperábamos una restauración, v he aquí que el cielo, en vez de aclararse, se cubre de nubes cada vez más densas, y la Iglesia, en vez de recobrar su trono, permanece cautiva en muchas partes, como si sobre ella hubiese caído la losa de una tumba».

Al contemplar la impiedad triunfante y al escuchar el temeroso ruido de las persecuciones, llega un momento en que nuestra seguridad vacila. Por todas partes nos cercan las tinieblas. ¿Dónde está nuestro Dios...? y nos viene el deseo de clamar como los apóstoles ante la tempestad levantada en el mar: *«¡Sálvanos, Señor, que perecemos...!»*.

Ahora también, cuando ruge la tempestad de la nave de la Iglesia y es agitada por oleajes adversos, vientos contrarios, opiniones opuestas en el campo del dogma y de la moral..., cuando se levantan persecuciones contra la misma Iglesia,

contra los cristianos y se ven tantos males entre nosotros, ¿acaso no nos vemos como obligados a clamar con el salmista: «Parece que duermes, levántate y no nos dejes hundir?» (Sal. 44(23).

¿Por qué permites, Señor, que el malvado triunfe y entone orgulloso su canto de victoria, acampado sobre las ruinas de lo que tenemos por sagrado en el mundo?

Quédate con nosotros...

Si miramos las cosas con los ojos de la fe, no nos debemos acobardar, sino seguir esperando en el Señor. En estas horas de prueba, como los discípulos de Emaús, exclamamos: «*Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día declina*». Y Jesucristo que está al acecho, viéndolo todo y expiando este movimiento de nuestro corazón, esperando este llamamiento de nuestra alma angustiada, se quedará con nosotros. Nos hablará, y su voz, dulce y acariciadora, se dejará oír en lo más íntimo de nuestro espíritu.

Él llevará la luz a nuestras inteligencias perturbadas. Él nos explicará cómo la misteriosa Providencia de Dios se vale de los negros proyectos de los malos para el cumplimiento de sus inexcrutable. designos. Él infundirá en nuestro corazón una invencible esperanza, y entonces de nada nos asombraremos, ni de las victorias de la impiedad, ni de sus retumbantes objecciones, ni de la inutilidad aparente de nuestros esfuerzos por el bien.

¿Qué hemos de temer si Dios está con nosotros? ¿Acaso no nos dice: «*Yo estaré con voso-*

tros hasta el fin del mundo». (Mt. 28, 20). Como Él estamos seguros de su eternidad, y como Él sabremos esperar igualmente.

No nos deben, pues, asustar las pruebas, porque el mismo Jesucristo las tiene anunciadas: *«Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán»* (Jn. 15, 20)...; pero *«las puertas del infierno* (las herejías y persecuciones) *no prevalecerán contra la Iglesia».*

La aurora gloriosa del día bendito que ha de ver el triunfo brillante de Jesucristo y de su Iglesia tardará quizá bastante tiempo todavía en levantarse sobre nuestro triste horizonte. ¡Qué importa! Tenemos la seguridád de que tarde o temprano hemos de verla iluminando nuestro viejo mundo con sus brillantes claridades. Entretanto pidamos a Jesucristo que nunca se oculte a nuestros ojos la estrella del deber, y que su luminosa estela nos indique siempre el camino que hemos de seguir para llegar a la perfección.

Él dará energías para nuevos combates a nuestra voluntad enflaquecida por el esfuerzo de la lucha. Las tentaciones podrán asaltar furiosas nuestro pobre corazón; pero si somos fieles a nuestro huésped divino, nada tendremos que temer.

Jesucristo es la fuerza. Sostenidos por su gracia realizaremos, no obstante las dificultades sembradas a nuestro paso, el ideal sublime que nos hemos propuesto. Seremos hombres y cristianos, hombres decididos y generosos, y cristianos convencidos.

En los momentos del peligro hemos de elevar a Cristo nuestra mente y orar: «No nos dejes caer

en la tentación», y nos apoyaremos en Él que nos dice: «Sin Mí nada podéis hacer» (Jn. 15, 5).

Jóvenes, ¡forjaos un ideal!

Sí, forjaos un ideal que sea más superior que el dinero y más elevado que los placeres, que no sea un modelo terreno... Este no puede ser otro que Jesucristo. Estudiadle en los Evangelios. Él es el hombre perfecto, el ideal de todos... Él es el amigo de los niños, de los jóvenes, de todos los hombres... Nadie ha amado al prójimo como Él y nadie ha sabido dar la vida por los demás como Él... Él es Dios y nos invita a seguirle e imitarle por el camino de la abnegación, del sacrificio, del desprendimiento...

El camino del deber viene a ser el «camino doloroso del Calvario»; pero con Cristo podemos andarlo. Este es el camino de los santos... Con Él no tenemos nada que temer. Él nos dice: *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»*.

Por Él hemos de ser más puros, más buenos y por Él hemos de saber romper con las malas compañías y amistades que tienden a separarnos de Él... y por Él hemos de ser misioneros y apóstoles del bien. Oremos:

* * *

¡Oh Cristo! ¡No nos abandones! Peregrinos en el caimno de la eternidad necesitamos sentirte a nuestro lado. ¡Es tan áspera la senda! ¡Es tan fatigoso el peso del día! ¡Camina con nosotros! ¡Sosténnos en la lucha!

¡Levántanos en nuestras caídas! ¡Cura nuestros pies ensangrentados por los guijarros del camino! ¡Consuela nuestro pobre corazón entristecido cuando las espinas de los zarzales le arrancan a jirones sus amores y sus ensueños!

¡Quédate con nosotros, sobre todo, cuando el día vaya declinando! ¡Tómanos en tus brazos y aprétanos contra tu divino corazón! ¡Haz que siempre te reconozcamos como en la fracción del pan te reconocieron los discípulos de Emaús y haz también que nuestro corazón se enardezca de amor cuando resuenen en nuestros oídos, muertos ya a todos los rumores de la tierra, los ecos dulcísimos de tu voz llamándonos a gozar de los esplendores de la eterna patria prometida a todos los hombres de corazón recto, a todos los buenos servidores!

* * *

Jóvenes, he terminado gustoso este escrito pensando en vosotros, y si preguntáis qué pretende este libro, os diré que pretende ser un libro orientador en vuestro caminar por este mundo..., y mi consejo es que una vez leído, lo volváis a leer reposadamente, y para hacer apostolado procurad que otros jóvenes lo lean también y no dudéis que sus enseñanzas os orientarán en el camino del bien y de la felicidad temporal y eterna.

¡Sursum corda! ¡Arriba los corazones! ¡Siempre arriba...! Dichoso el que creyendo en Dios, lleva en su alma como ideal las virtudes enseñadas por Jesucristo en su Evangelio.

INDICE

Por vía de prólogo: A ellas y a ellos . . . 3
Contestación a una carta 5
Confidencia de una joven 5
¿Qué decir de los jóvenes de hoy? . . . 5
Los dos polos: el mundo y DIOS 6
¡Ese no es tu camino! 8
Joven, reflexiona 9
No seas rebelde a la ley de Dios 10
¡Sed hombres! 11
¡Fortificad vuestra voluntad! 12
¡Pureza y fe! 14
Yo he perdido la fe 16
Palabras de Juan Pablo II 17
¿Qué debo saber de la Biblia? 20
Jesús mira con amor a los jóvenes 22
Si quieres alcanzar la vida eterna 24
Jóvenes, estáis llamados a ser apóstoles . . 26
Sean rectos todos tus caminos 28
Belleza de la vida religiosa 30
El sacerdote y los jóvenes 31
Nuestro compañero de viaje 33
Horas de prueba 35
Quédate con nosotros 37
¡Jóvenes, forjaos un ideal! 39

OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

— La Biblia Ilustrada y Comentada
— La Biblia más Bella
— La Biblia a tu Alcance
— Curso Bíblico Práctico
— Historia Sagrada
— Evangelios y Hechos Ilustrados
— El Catecismo más Bello
— El Catecismo Ilustrado
— El Catecismo Conciliar
— Diccionario de Espiritualidad
— Los Grandes Interrogantes de la Religión
— Para ser Santo
— Para ser Sabio
— Para ser Católico Práctico
— Para ser Feliz
— ¿Por qué no vivir siempre alegres?
— Flor de un Convento
— La Santa Misa
— De pecadores a santos
— Vamos de Camino
— Matrimonio
— Los Testigos de Jehová
— Dios te habla
— Jesús de Nazaret
— La Caridad Cristiana
— Pedro primer Papa
— Misiones Populares
— Florilegio de Mártires
— Seré Sacerdote
— El Pueblo pide Sacerdotes Santos
— No Pierdas la Juventud
— ¿Quién es Jesucristo?
— Pecador, Dios te espera

— Joven Levántate
— Los Ultimos Tiempos
— Errores Modernos
— Las Almas Santas
— ¿Existe el Infierno?
— ¿Existe Dios?
— El más allá
— La Buena Noticia
— El Dios Desconocido
— La Formación del Corazón
— El Camino de la Juventud
— Los Males del Mundo
— La Intervención de Dios en los Acontecimientos Humanos
— La Reforma de una Parroquia
— La Matanza de los Inocentes (El Aborto)
— ¿Quién es el Espíritu Santo?
— El Bautismo y la Confirmación

MUY IMPORTANTE

Todos estos libros se venden muy baratos en casi todas las librerías religiosas, y también se mandan por correo a reembolso si se piden a la siguiente dirección:

APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 34 - 41003 Sevilla

OTROS LIBROS MUY RECOMENDABLES

De Santa Teresa:
— El Libro de la Vida
— Camino de Perfección
— Libro de Las Moradas
— Relaciones Espirituales
De San Ligorio:
— Las Glorias de María
— El Gran Medio de la Oración
— Práctica de Amor a Jesucristo
— El Amor del Alma
— Reflexiones sobre la Pasión
— Conformidad con la Voluntad de Dios
— Preparación para la Muerte
— La Santidad Sacerdotal
— Visitas al Santísimo Sacramento
— Una sola cosa es necesaria
De San Luis de Montfort:
— El Secreto de María
— El Secreto Admirable del Stmo. Rosario
— Tratado de la verdadera Devoción
De otros:
— La Imitación de Cristo
— A Dios por la Ciencia
— Historia de un alma
— Las Confesiones de San Agustín
— Meditaciones y Soliloquios
— Aprecio y Estima de la Divina Gracia
— Diferencia entre lo Temporal y lo Eterno
— Vida y Obra de San Pedro de Alcántara
— La Necesidad de la Oración
— El Secreto de la Felicidad
— ¡Ay de aquel por quien viniere el escándalo!
— Florecillas de San Francisco

— El Ideal del Cristiano
— Esencia de la Misa
— Para Salvarte
— Dios y el Universo
— Alegría de Morir
— Oración Mental según Santa Teresa
— ¿Cómo Tendré Oración?
— Penitencia y Oración
— La Gracia Deifica el Alma

Vidas de Santos:

— Santa Teresa de Jesús
— Santa Bernardita de Lourdes
— El Santo Cura de Ars
— San Alfonso M.ª de Ligorio
— Santa María Magdalena de Pazzi
— San Antonio M.ª Claret
— San Antonio de Padua
— San Pedro de Alcántara
— San Francisco de Asís
— Santos Famosos
— Niños Santos
— Santas Famosas